

Eucaristía V Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad

Moniciones

Entrada

Queridos hermanos: Qué grandioso es encontrarnos como hermanos en el Día del Señor y celebrar nuestra fe. Hoy elevemos nuestra alabanza al Padre porque nos ha enviado a su Hijo: Él se compadece de nuestros sufrimientos y por eso se hace cercano a nosotros en la enfermedad. Por eso participemos agradecidos del banquete de la Palabra y de la Eucaristía.

Liturgia de la Palabra

Cuando escuchamos la Palabra de Dios descubrimos que Cristo le da sentido a nuestra debilidad y, además sufre con nosotros, nos acompaña y puede levantarnos para que andemos en vida nueva y sirvamos a quien lo necesita.

Presentación de los dones

Preparamos el altar donde se hará presente el Remedio para nuestra fragilidad, mientras que nosotros nos presentamos ante el Padre uniendo nuestros dolores y fatigas al sacrificio redentor de Cristo.

Comunión

Recibamos a Cristo, quien no solo es médico de los cuerpos y de las almas, sino que se acerca a nosotros como Pan vivo bajado del cielo y nos fortalece en medio de nuestras flaquezas.

Primera Lectura de Job

Jb 7,1-4.6-7: Mis días se consumen sin esperanza.

Habló Job, diciendo:

-«El hombre está en la tierra cumpliendo un servicio, sus días son los de un jornalero; Como el esclavo, suspira por la sombra, como el jornalero, aguarda el salario. Mi herencia son meses baldíos, me asignan noches de fatiga; al acostarme pienso: ¿Cuándo me levantaré? Se alarga la noche y me hartó de dar vueltas hasta el alba. Mis días corren más que la lanzadera, y se consumen sin esperanza. Recuerda que mi vida es un soplo, y que mis ojos no verán más la dicha.»

Palabra de Dios

Salmo

Sal 146,1-2.3-4.5-6:

R. Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados.

Alabad al Señor, que la música es buena;

nuestro Dios merece una alabanza armoniosa.
El Señor reconstruye Jerusalén,
reúne a los deportados de Israel.

Él sana los corazones destrozados,
venda sus heridas.
Cuenta el número de las estrellas,
a cada una la llama por su nombre.

Nuestro Señor es grande y poderoso,
su sabiduría no tiene medida.
El Señor sostiene a los humildes,
humilla hasta el polvo a los malvados.

Segunda Lectura

1Co 9,16-19.22-23: ¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!

Hermanos: El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio! Si yo lo hiciera por mi propio gusto, eso mismo sería mi paga. Pero, si lo hago a pesar mío, es que me han encargado este oficio.

Entonces, ¿cuál es la paga? Precisamente dar a conocer el Evangelio, anunciándolo de balde, sin usar el derecho que me da la predicación del Evangelio. Porque, siendo libre como soy, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más posibles. Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles; me he hecho todo a todos, para ganar, sea como sea, a algunos.

Y hago todo esto por el Evangelio, para participar yo también de sus bienes.

Palabra de Dios

Evangelio

Mc 1,29-39: Curó a muchos enfermos de diversos males.

En aquel tiempo, al salir Jesús y sus discípulos de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Símón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y se lo dijeron. Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anoecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar. Se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron y, al encontrarlo, le dijeron:

-«Todo el mundo te busca.»

Él les respondió:

-«Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido.»

Así recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando los demonios.

Palabra del Señor

Oración Universal

Sacerdote: Elevemos hermanos nuestra oración al Dios que se compadece de nuestra fragilidad para que, con su gracia, acoja nuestras súplicas y alivie a quienes padecen la enfermedad. Oremos diciendo:

R/. Santifica a tu pueblo, Señor

1. † Oh Dios, custodia a tu Iglesia, protege al Papa Francisco y asiste a los Obispos de Colombia y del mundo para que, viviendo el encuentro con Cristo, guíen a su rebaño por medio del anuncio del Evangelio.
2. † Oh Dios, ilumina a los legisladores y gobernadores para que, viviendo el encuentro con Cristo, tomen decisiones y acciones que busquen siempre el bien común.
3. † Oh Dios, socorre y consuela a tu pueblo que padece las dificultades que ha traído esta pandemia y que los enfermos reciban la fortaleza de Cristo, que tomó nuestros sufrimientos y cargó con nuestras dolencias.
4. † Oh Dios, acompaña y vivifica el trabajo del personal médico y sanitario por estos días, de manera que sigan el ejemplo de Cristo que con amor se entrega al servicio de los enfermos.
5. † Oh Dios, esta asamblea te alaba y te bendice al reconocer que tú nos amas y das sentido a nuestra existencia. Acoge favorablemente nuestra humilde oración y concédenos un ferviente espíritu evangelizador.

Sacerdote: Padre bueno, que nos has enviado a tu Hijo para ser nuestra fuerza y consuelo. Acoge las plegarias que tus hijos te han presentado con toda confianza. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.